

CASAR

➤ Para conformar la nueva agenda de gobierno debería tomarse en cuenta la batalla que termine ahora sí con los privilegios y la corrupción.

La otra agenda

MARÍA AMPARO CASAR

Escribía hace dos semanas de un mal endémico de nuestro sistema político y sociedad: los privilegios. A este mal lo acompaña otro de igual o mayor magnitud y de consecuencias tan o más nocivas que lo complementa y hasta llega a confundirse con él: la corrupción.

Como tarea de fin de año me propuse el ejercicio de revisar las primeras planas de nuestro periódico *Reforma* que se ha dado a la tarea de profundizar en el periodismo de investigación y compruebo con gran preocupación que en más del 50% de ellas se denuncia uno u otro caso de corrupción.

En este espacio no puedo sino señalar algunos de los más emblemáticos: litros de gasolina de 90ml, estados que desvían recursos, legisladores a los que se les condonan los impuestos, ventas de plazas en los sindicatos, obsequios millonarios a sus líderes, policías que delinquen, jueces que se venden, empresarios que evaden al fisco, funcionarios que abusan de sus puestos, escuelas de aviación que expiden certificados patito, alcaldes que ofrecen dinero para que los niños se encueren, políticos que promueven su imagen a pesar de que la ley lo prohíbe, donaciones gubernamentales a iglesias, programas sociales que se usan electoralmente, mandos de las procuradurías y secretarías de Seguridad Pública involucrados en el crimen organizado, compra de exámenes en el gremio de la medicina, licitaciones amañadas, alcaldes que otorgan permisos fuera de la normatividad, tarjetas IAVE prestadas, chanchullos electorales, adjudicaciones directas a los cuates, fraudes al ahorrador en sus afores, profesores que abusan sexualmente de sus alumnos...

Compruebo también que, en perfecta consistencia con la estadística sobre la delincuencia común u organizada, el 97% de los casos queda sin consecuencia alguna.

Como los privilegios, la corrupción no es monopolio de la clase política o de las autoridades gubernamentales. Cuando Transparencia

Internacional califica a México como el tercer país más corrupto no está calificando sólo a su(s) gobierno(s) sino a sus empresarios, a sus partidos, a sus organizaciones sociales y a sus ciudadanos.

Como los privilegios, la corrupción empuja a los mexicanos, encarece los productos y servicios, eleva los costos de producción de las empresas, vulnera la productividad, reduce la competitividad y mina la confianza ciudadana en las autoridades.

Pero a diferencia de los privilegios, este mal es todavía más difícil de erradicar porque tiene más beneficiarios y porque la corrupción no puede acabarse por decreto.

Con la corrupción pasa lo mismo que con el ciclo de la delincuencia: las probabilidades de ser denunciado, atrapado, procesado, inculcado y sancionado son escasas. Luego entonces, es racional incurrir en actos de corrupción aunque "amenace al presente y comprometa al futuro". Por tolerancia, por ineptitud o por contubernio, la mayoría de los actos de corrupción quedan impunes.

Si la erradicación de los privilegios es una de las grandes asignaturas pendientes de la democratización mexicana, la otra es la corrupción. Por mucho tiempo creímos que el gobierno de un solo partido era el causante de la corrupción. Si se acababa con el monopolio del PRI la corrupción terminaría. Creíamos en una de dos hipótesis. O la mera llegada al poder de gobernantes de otros partidos que habían denunciado y combatido la corrupción desde la oposición cambiaría la conducta de los funcionarios públicos o bien estas conductas quedarían inhibidas por miedo a ser descubiertos, exhibidos, procesados y castigados.

No ocurrió ni lo uno ni lo otro. Hoy con gobernantes y representantes de todos los partidos descubrimos que es poca la diferencia en la manera en que se ejerce el poder; que la corrupción sigue siendo una práctica generalizada sin importar el color de las autoridades; que los gobiernos de todos los partidos no sólo incurrían en actos de corrupción sino que no están dispuestos a enfrentarse a



Fecha 15.12.2008	Sección Primera - Opinión	Página 19
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

ella cuando la encuentran. Peor aún, los particulares también descubrieron que las autoridades de todos los partidos son igualmente corrompibles.

Los medios han jugado quizá el papel más importante en destapar no sólo los pequeños y grandes actos de corrupción sino en mostrar que ésta es endémica, que es un componente institucionalizado de la vida política y social de México, que las redes de corrupción son tan complejas que sólo se explican por la colusión vertical y horizontal de autoridades y particulares.

Pero es poco más lo que pueden hacer. Los medios por sí solos no pueden llevar a juicio a los corruptos, no pueden procesarlos, ni sancionarlos. Pueden exhibirlos y exaltar la indignación. Pueden hacer avanzar la cultura de la denuncia pero poco o nada pueden hacer en materia de amenazas creíbles para modificar las conductas porque, por increíble que parezca, la denuncia no lleva a la acción por parte de las autoridades responsables. Conclusión: la corrupción sigue avanzando, la tolerancia a la corrupción aumenta y seguimos sin dar el salto de la denuncia a la prevención o a la sanción porque todos se benefician de ella.

Si los gobiernos andan en busca de agenda y en propósitos de año nuevo pues ya hay dos sugerencias: la agenda contra los privilegios y la agenda contra la corrupción.